

atrás en la ciudad de San Luis Potosí. Ingresó en 1796 y en 14 de Noviembre sustentó acto público de matemáticas, hasta Geometría; en el año siguiente terminó el estudio de esa ciencia, y en 23 de Octubre presentó el respectivo acto, bajo la dirección de su Profesor, Don Andrés José Rodríguez; en 1798, siendo su Profesor Don Francisco A. Bataller, cursó Física, asignación de la que tuvo acto el 29 de Octubre; en 1799 estudió Química en la clase de Don Luis Lindner, sustentando el acto público el 30 del mismo mes de Octubre; en 8 de Noviembre del siguiente año de 1800, y patrocinado por su Profesor Don Andrés Manuel del Río, presentó acto de Orictognosia, Geognosia y Labores de Minas. Como en todos sus exámenes había tenido notas muy favorables, en 8 de Enero de 1802 fué Jiménez declarado apto para salir á práctica, y sus superiores consultaron la conveniencia de mandarlo á Zacatecas ó Guanajuato; pero el Tribunal de Minería dispuso que fuese á Sombrerete, por haber ya bastantes practicantes en los minerales citados.

A los pocos días salió para su destino, pero habiéndose comprometido el Marqués de Rayas á recibir á Jiménez en su negociación de Guanajuato, y á su compañero Alvarez Ruiz en la de Catorce, el Tribunal acordó la translación de ambos alumnos, y en Febrero de 1803 pasó Don Mariano á Guanajuato. Terminada su práctica, vino á esta capital á sustentar su examen de perito minero, en 19 de Abril de 1804, y después de disfrutar de algunos meses de descanso, regresó á aquel Mineral, donde su inteligencia y asiduidad le habían asegurado un puesto en la mina de Rayas. Ahí lo sorprendió la revolución de Independencia, en la que tan activa parte tomó, según hemos visto.



D. JOSE MARIA CHICO.

Miembro de una distinguida familia de Guanajuato, cuyos descendientes aún viven en aquella ciudad, era el abogado Don José María Chico, que desde los primeros días de la insurrección siguió el partido nacional. Hizo sus estudios en esta capital, y terminados, regresó á su ciudad natal, donde se dedicó al ejercicio de la abogacía, que debe haber sido pingüe entonces, por ser Guanajuato una capital rica y muy poblada, ocupando bajo este concepto acaso el primer lugar después de México. Era hijo de un rico español vecindado en la población, llamado Don Bernardo Chico, gran amigo de Don Miguel Hidalgo, y uno de los pocos europeos á quienes la revolución en sus comienzos no causó gran daño.

En su casa se alojó el Generalísimo, y á uno de los hijos de su huésped le dió el mando del Regimiento que levantó en la ciudad; al otro hijo, que es el de que nos ocupamos, lo hizo su Secretario. Necesitaba el caudillo de la revolución un empleado que se entendiese con su correspondencia, y que hiciese propaganda á la causa, expidiese nombramientos, etc., y no encontró hombre más á propósito que el abogado Chico, al que conocía de tiempo atrás y con cuyo padre lo ligaban vínculos de amistad.

Acompañó á Hidalgo á Valladolid, las Cruces, etc., pero era tan poco el tiempo que el caudillo permanecía en cada punto,

que el Secretario apenas tenía tiempo de atender á lo más urgente, y fué hasta Guadalajara donde pudo lucir sus aptitudes. Apenas llegado allí, procuró organizar el Gobierno independiente, en unión de Rayón; Hidalgo, jefe de él, recibía el tratamiento de "Alteza," y su Ministerio se componía de Rayón, con el título de "Secretario de Estado y del Despacho," y de Chico, que se llamó "Ministro de Gracia y Justicia;" organizó la Audiencia, de la que fué Presidente y que la formaban los abogados Avendaño, Ortiz de Salinas, Solórzano y Mestas, dió los decretos ya expedidos antes, de supresión del tributo, de los estancos y de la esclavitud; por último, contribuyó á difundir las ideas independientes por la prensa, con la publicación del "Despertador Americano." Estas atenciones y la correspondencia diaria del caudillo, ocuparon á Chico hasta que hubo de salir el ejército para Calderón, á esperar á Calleja.

Después de la batalla ayudó á Rayón á poner en salvo los fondos de la revolución y siguió á los primeros caudillos en la larga peregrinación que debía terminar con la prisión de todos ellos en Bajan. Como no era militar fué visto con tal desdén por sus aprehensores, que no lo condujeron á Chihuahua, sino que lo dejaron en Monclova. Empezó á resaltar su personalidad cuando el Juez de la causa, Abella, tomó declaración á los principales prisioneros; Abasolo, que fué el más explícito de todos, hizo tales alusiones á los servicios prestados por Chico, que el Juez dió orden de que con buen resguardo le fuese enviado, para á su turno procesarlo, como lo hizo. No fué muy larga ni difícil la causa formada al Ministro de Hidalgo cuando varios testimonios aparecían en su contra, así es que pronto terminó con la condena de Chico, quien fué sentenciado á sufrir la pena capital. Acaso en otro tribunal menos apasionado que el de Chihuahua y en donde el reo tuviese más garantías de defensa, habría salido absuelto; pero allí era imposible.

Chico fué fusilado por la espalda el 27 de Junio, en compañía de Don José Solís, que era intendente del ejército insurgente,

del Brigadier Onofre Gómez Portugal y de Don Vicente Valencia, alumno de Minería en práctica en Zacatecas, como Jiménez en Guanajuato, y á la sazón Director de ingenieros. Su Estado natal no han honrado la memoria del primer Ministro que tuvo la Nación, y ni una sencilla lápida recuerda la casa donde nació ó vivió aquél.

No debe ser confundido Don José María Chico, del que acabamos de tratar, con otra persona del mismo nombre y apellido que en aquella época vivía también en Guanajuato, y que fué nombrado Alcalde por Hidalgo; fué de los pocos que no sólo encontraron gracia ante Calleja, sino que por nueva elección continuó en el mismo puesto de Alcalde cuando el jefe realista arregló el Gobierno de la ciudad.



DON FRANCISCO LANZAGORTA.

Fué uno de los conspiradores de Querétaro. Tenía el empleo de Capitán del Regimiento de Sierra Gorda, acantonado en las cercanías de aquella ciudad, y por su amistad con Allende, pronto se mezcló en la conspiración y asistió á las juntas en casa del Br. Sánchez y del abogado Lazo, para lo cuál hacía diferentes viajes.

En los documentos que existen en el archivo general consta que Lanzagorta era un activo agente de la revolución en Querétaro, que asistía á las reuniones en casa del Lic. Parra, que disponía de dinero suficiente para buscar adeptos, que hablaba con mucho entusiasmo del próximo levantamiento y que el 12 de Agosto de 1810 salió violentamente de Querétaro llamado por Allende, que era algo pariente suyo, y llevaba doscientos pesos y diez y ocho marcos de plata que le entregó dicho Lic. Parra. Desde ese día no se le volvió á ver en la ciudad.

Acercándose ya el día que debía estallar la revolución, fué destinado á proclamarla en San Luis Potosí, que era su ciudad natal y lugar de residencia de su padre; parece que el mismo Hidalgo fué el que le dió esa comisión, pues según la relación de Fray Gregorio de la Concepción, salió de Dolores el 13 de Septiembre, y en veinticuatro horas es puso en San Luis, donde entregó al mencionado religioso la carta, proclamas y demás papeles que llevaba. Era bastante peligrosa la comisión de Lanza-

gorta, por encontrarse gobernando la provincia Calleja, que apenas tuvo noticia de lo ocurrido en Dolores, empezó á alistar su ejército y á tomar las medidas conducentes para combatir la revolución.

Una de las primeras que dictó fué la aprehensión de todos los sospechosos, debida, según informó al Virrey, á haber descubierto una conspiración tramada por algunos oficiales, que habian ofrecido á los insurgentes pasarse con los Cuerpos que mandaban, en el momento de una acción, descubrimiento que habia hecho por la fidelidad de un sargento. Lanzagorta fué uno de los primeros aprehendidos el 18 de Septiembre, y en seguida Zapata, y otros, como el lego Herrera, que fué encontrado en el camino; todos fueron llevados al Convento de San Juan de Dios, donde Fray Gregorio vivía. Mientras Calleja permaneció en San Luis organizando su ejército, los afectos á la independencia se mantuvieron quietos, pero habiendo salido el 25 de Octubre con sus fuerzas á socorrer la capital, empezaron los ánimos á mostrarse inquietos y adquirieron nuevos bríos cuando supieron que Iriarte con sus tropas estaba cerca.

El lego Herrera, comisionado de Hidalgo, de acuerdo con el lego Villerías, con Fray Gregorio, con Don Joaquín Sevilla y Olmedo, oficial de lanceros de San Carlos, que de antemano estaba comprometido con Allende á sublevarse, y con Lanzagorta, organizaron la revolución, en la noche del 19 de Noviembre la hicieron estallar, y sacando de la cárcel á los presos aumentaron el número de los pronunciados. A las tres de la mañana estaba consumado el motín, reducido á la impotencia y herido el Comandante realista Cortina, y se habia enviado un correo á Iriarte par que entrase á la ciudad. Entraído éste, ordenó el saqueo, aprehendió á los legos y á Sevilla, que se oponían á él, y se dispuso á salir de San Luis, llamado por Allende, dejando como Comandantes á los mismos presos y á Lanzagorta.

Pero éste se dirigió en busca de Allende, el que lo comisionó para que propagase la

revolución en el Norte, confiriéndole el grado de Mariscal y ordenándole que obedeciese á Jiménez, que llevaba el mando general de la región. Acompañó á este jefe á la batalla de Aguaneva, á la ocupación del Saltillo y de Monterrey, y á la acción del puesto del Carnero. En seguida se incorporó á la comitiva de los Generales, mandando las tropas presidiales, que eran las mejor organizadas que tenia el ejército. Con ellos cayó prisionero, y conducido á Chihuahua, se le formó una rápida sumaria que terminó con la sentencia de muerte; fué de los primeros fusilados, perdiendo la vida el 11 de Mayo de 1811, en unión del Coronel Luis Mireles, uno de los incorporados desde San Miguel.

Lanzagorta no cometió ninguno de los excesos á que se entregaron muchos de los jefes independientes, y en cuanto pudo, procuró organizar y dar instrucción á su tropa, comprendiendo el provecho que se podía sacar de ella al comparar la gran diferencia que habia entre los soldados disciplinados de las Compañías presidiales que se le habian unido, con las chusmas de indios desordenados y cobardes, que formaban el ejército de Iriarte y que en su mayoría eran de Mezquitic. Su subordinación á Jiménez, que tuvo demasiada confianza en Elizondo, lo perdió, como perdió á todos los caudillos de la primera época de la revolución.



DON PEDRO ARANDA.

Están todos los historiadores, conformes en que Elizondo fué un traidor que valiéndose de artificios hizo prisioneros á los primeros caudillos de la Independencia; pero ninguno ha dedicado su tiempo á averiguar hasta qué punto esa traición se vió ayudada por el descuido de los traicionados, ni la responsabilidad que en ella tuvieron, por no adoptar las precauciones que su condición de fugitivos exigía. A dilucidar en parte este punto, va encaminada la biografía que sigue.

Don Pedro de Aranda, nació en Comanja, pueblo de la jurisdicción de Lagos, y vivía dedicado á la agricultura en una pequeña hacienda de labor de su propiedad, denominada Penjamillo el Alto, cuando estalló la revolución de Dolores; uno de los numerosos agentes despachados por Hidalgo y Allende, el famoso Iriarte, lo decidió á que siguiese la causa de la insurrección, sin necesidad de hacerle muchas promesas, y mucho menos de intimidarlo como él pretende en su causa. Expedicionó por Zacatecas y San Luis, sin darse á conocer gran cosa, hasta que por la llegada del Mariscal Jiménez á esta última provincia, despachado por Allende para propegar la revolución en el Norte, quedó á las órdenes de aquel jefe. Asistió á la batalla de Aguanueva y toma del Saltillo, de donde Jiménez lo envió, con el carácter de Gobernador de Coahuila, á Monclova, capital de la provincia,

ordenándole á poco que reuniese los recursos necesarios para el transporte de bagajes que llevaban los caudillos.

No era hombre cruel ni cometió excesos de ninguna clase, como lo demuestra el hecho de haber ordenado que quitasen las esposas á los Gobernadores Salcedo y Herrera, que cayeron en su poder, y á quienes casi dejó en libertad; sin embargo, era afecto á la bebida y á las diversiones y de carácter algo débil, y en la hacienda de Aguanueva permitió que su tropa, formada en su mayoría por indios de Mexquitic, en los que tenía una gran confianza, empezasen á saquear las tiendas, exceso que impidieron los demás jefes, alguno de los cuales tuvo por esa causa una cuestión personal con Aranda, y dió á éste una bofetada. Desde el principio de su campaña mostró suma desconfianza de las tropas presidiales, que se habían unido á los insurgentes, y sin embargo, no adoptó precaución ninguna contra ellas, lo que dió por resultado que Elizondo, ayudado por esas tropas, lo hiciese prisionero en Monclova la noche del 17 de Marzo, mientras se encontraba en un baile, diversión á la que era muy afecto, y que se había organizado con objeto de distraerlo y de que no impidiese la contra-revolución que se preparaba.

Preso Aranda, asumió el Gobierno Herrera, quien despachó dos días después á Elizondo rumbo á Bajan. La ineptitud del primero hizo que se perdiese Monclova y con ella alguna tropa, artillería, etc., y sobre todo, que quedase cerrado el camino de la frontera á los caudillos de la Independencia, que avanzaban confiados en las seguridades que les daba Jiménez; éste, á su vez, descansaba en las que le dieron sus Tenientes, en la confianza personal que tenía en Aranda, y en la que por referencias tenía en Elizondo. Si Aranda hubiese tenido alguna precaución, en vez de perder el tiempo en francachelas, hubiera salido á expedicionar, al saber la contra-revolución de Béjar, y no habría caído tan tontamente en manos de Elizondo.

Conducido á Chihuahua con todos los demás presos, Aranda fué sentenciado á la

pérdida de todos sus bienes y á prisión por diez años en Encinillas, (Chihuahua), donde fué confinado, y murió algún tiempo después. Indudablemente que su buena conducta en Monclova y la circunstancia de no haber caído preso en Bajan, influyeron bastante en que se le perdonase la vida á este insurgente que con una poca de actividad y previsión pudo haber salvado la de los primeros caudillos de la Independencia.



D. MIGUEL SANCHEZ.

El nombre de este insurgente es desconocido, no obstante, que fué uno de los primeros que se levantó en armas por la Independencia y que contribuyó á que ésta se propagase por una considerable región del país, entre México, Querétaro y Pachuca.

Sánchez era un labriego acomodado que residió mucho tiempo en jurisdicción de Ixmiquilpan, y que dedicado después al comercio, hacía viajes por todo el valle por donde corre el río Moctezuma, extendiéndose hasta la Huasteca, Querétaro, Huichápam y otros puntos de esa comarca y del río Lerma; el Lic. Altamirano y el Br. Sánchez, le dieron algunas veces el encargo de que llevase cartas á Hidalgo, Allende, Aldama, etc., lo que le hizo enterarse de los trabajos de los conspiradores, que se cundó con entusiasmo. Iniciada la revolución, recibió de Hidalgo, á quien se presentó en Celaya, el nombramiento de Brigadier, con el que se dirigió á expedicionar por el rumbo de Huichápam, en unión de Don Julián Villagrán, Capitán de la Compañía de milicias de la población, la que era parte del Batallón de Tula. Villagrán estaba ganado de antemano por Arias á la causa de la Independencia.

Sánchez reunió la peonada de la hacienda de San Nicolás de los Agustinos y de otras inmediatas, y con ellas se dirigió en los últimos días de Septiembre de 1810 á ocupar á Huichápam, sin grandes dificultades, así como á los demás pueblos de los alrededores; en seguida se dirigió sobre San Juan del Rfo, que también ocupó, pero donde no pudo sostenerse, por ser el tránsito

obligado de los ejércitos realistas que el Virrey Venegas había puesto en campaña. En cambio se apoderó del Alcalde de Corte, Collado, que había ido á formar causa á los conspiradores de Querétaro, según hemos visto, y lo llevó á Huichápan, donde Villagrán le quitó las causas y los papeles que llevaba, lo obligó á decretar la libertad de la Corregidora, y en seguida lo dejó libre para que continuase su camino á México, donde fué muy mal recibido por el Virrey.

Sánchez tenía inteligencias dentro de Querétaro, las que lo indujeron á que aprovechase la oportunidad que se le presentaba de que la ciudad estaba casi sin guarnición para atacarla; el 30 de Octubre emprendió tomarla, pero siendo su ejército de indios armados con hondas y piedras, fué rechazado con grandes pérdidas, por el Comandante García Rebollo, que disponía de algunos soldados del Batallón de Celaya, de unos cuantos dragones de Sierra Gorda y de un bisoño Batallón urbano levantado en unas cuantas semanas. Ocurrió también que los que desde adentro habían prometido ayuda á Sánchez, no cumplieron su palabra. Don Carlos Bustamante, con su ligereza acostumbrada, confunde las especies y atribuye á un escribano Acuña, que no era ni conocido en Querétaro, el propósito de abrir las puertas de la ciudad á Sánchez, pero es indudable que no pudo ser así y que el que estaba de acuerdo con él era alguno de los antiguos conspiradores.

La aproximación de Flon y de Calleja obligó á Sánchez á internarse en la serranía; cuestiones de primacía en el mando, lo indispusieron con Villagrán, y encontrándose aquél en Alfajayécan, en casa del Cura, el último penetró á ella y le dió muerte á lanzadas, así como á dos individuos que estaban con él; esto ocurrió á fines de Noviembre de 1810, y aunque Sánchez sucumbió, la semilla sembrada por él germinó y fué causa de que los Villagrán, el Cura Correa y otros de que á su tiempo nos ocuparemos, continuasen combatiendo por la independencia de la comarca.



D. IGNACIO CAMARGO.

La destrucción que han sufrido nuestros archivos á causa de las continuas guerras y revoluciones, impide comprobar muchos acontecimientos políticos y averiguar fechas, adquirir datos, etc., que ayudarían bastante á resolver muchos problemas históricos y á averiguar sucesos de los que ni remotamente se tiene idea. La biografía de Morelos nos reserva algunas sorpresas, según tendremos ocasión de hacerlo constar y la del Mariscal Camargo, de la que vamos á hacer un ligero esbozo, no nos ha sido posible completarla, por haber desaparecido las fuentes que podían habernos dado algunos datos.

Don Ignacio Camargo, según las noticias que hemos podido adquirir, nació en Celaya, por el año de 1782 á 1783, y pertenecía á una acomodada familia de la localidad, que con la revolución casi desapareció. Prestaba sus servicios en uno de los Batallones provinciales de la localidad. Parece que Camargo, como muchos militares, estaba ligado por los vínculos de la amistad con Don Ignacio Allende y Don Miguel Hidalgo, y que por razón de vecindad se trataban con mucha frecuencia, sobre todo con el primero; de esos tratos á pasar á ser compañeros de conspiración, no habfa más de un paso, el que sin duda se dió quedando apalabrado Camargo á pronunciarse en Celaya como lo estaba Arias en Querétaro, Sevilla en San Luis, Villagrán en

Huichápan, Mier en Morelia, y otros varios en distintos lugares. Esta circunstancia, así como la noticia que Hidalgo y Allende tuvieron, de que la conspiración había sido descubierta en Guanajuato y Querétaro, fué la que los hizo dirigirse á Celaya, población grande é intermedia entre las dos ciudades, y desde la cual podían escoger la dirección que más les conviniese; los partidarios que tenían dentro de la ciudad les hicieron saber que ni el Subdelegado Duro ni los pocos soldados del escuadrón provincial que tenía á sus órdenes el Comandante Don Manuel Fernández Solano, pensaban hacer resistencia. Entraron á la ciudad los independientes, y desde luego se ve la mano de un abogado, (Don Carlos Camargo, que fué nombrado Subdelegado), en la convocación del Ayuntamiento y en el discernimiento de grados para evitar discusiones como la que hubo en San Miguel entre los dos principales caudillos. En cuanto á Don Ignacio Camargo, se unió al ejército insurgente con el grado de Coronel, y con tal carácter acompañó á Abasco á intimar rendición á Bravo, en Guanajuato; fué llevado á la alhóndiga de Granaditas, donde el mismo Intendente, después de oír la opinión de los europeos y de los soldados, contestó á Hidalgo que ni le reconocía carácter oficial alguno ni se rendía. Con esta contestación regresó el parlamentario á la hacienda de Burras, donde se encontraba aquel jefe, y empezó el ataque de la ciudad.

Camargo siguió en el ejército con el grado de Mariscal, que se le dió en Acámbaro, y estuvo en las Cruces, Aculco y Guanajuato, de donde pasó á Guadalajara; su carácter de subalterno hizo que no se le volviera á nombrar, no obstante que fué uno de los que en su esfera trabajó más por organizar el ejército y de que se batió bien en Calderón. Cayó prisionero en Bajan y llevado á Chihuahua se le formó una breve causa que no duró ni quince días, y en la que no pudo defenderse el acusado, pues ni siquiera por vía de formalidad se ocuparon de dar los jueces defensores á los presos. El 10 de Mayo de 1811 fué fusilado

Camargo, en compañía del Brigadier Don Juan Bautista Carrasco y de Maroquín, el ejecutor de las órdenes de Hidalgo.

La circunstancia de haber sido ascendido á Mariscal indica que Camargo prestó servicios más notables que los de otros muchos á la causa de la Independencia, y si no se conocen con exactitud, débese al poco cuidado que hubo entre los insurgentes de la primera época, de llevar un diario de las operaciones, donde constasen los hechos de la campaña y los de los jefes principales.



FRAY GREGORIO DE LA CONCEPCION

Fué Fray Gregorio uno de los pocos insurgentes que tuvo el cuidado de escribir una relación de los sucesos que presencié y en los que tomé parte, y aunque esta relación está escrita muchos años después de aquéllos y contiene algunas exageraciones é inexactitudes, es un documento curioso é importante que sirve mucho para pormenorizar la historia de la revolución en San Luis Potosí y el viaje de los primeros caudillos á Saltillo.

Nació el autor en Toluca, el año de 1773, y tenía los apellidos Melero y Piña, que abandonó al ingresar á la religión carmelitana, para llamarse Fray Gregorio de la Concepción; de Toluca, donde permaneció algún tiempo después de haberse ordenado, pasó por algún tiempo á Oaxaca por el año de 1801 y luego al convento del Desierto en Tenancingo, donde residía á principios del año de 1808. Allí recibió orden de trasladarse en calidad de predicador á San Luis Potosí, para donde salió en 9 de Julio; el 19 del mismo, según el mismo refiere, llegó á San Miguel el Grande, y como iba algo escaso de recursos, comisionó á un criado para que le vendiese algunos libros, circunstancia que le hizo entrar en relaciones con Allende, Abasolo y Aldama, el menor, (Don Juan); en la conversación se habló de la situación de España, que acababa de ser invadida, y aunque no se franquearan enteramente todos los interlocutores, com-

prendieron que el mercedario estaba tan cansado de la dominación española, como ellos. En Dolores saludó á Hidalgo, para el que llevaba carta de Allende, y que lo trajo bien cuando leyó la carta; lo puso al tanto de los proyectos de insurrección que abrigaban, y le advirtió que sólo estaban en el secreto los cuatro nombrados y Arias.

Este dato es importante para fijar la fecha en que empezaron á trabajar por la Independencia Hidalgo y Allende, y de ser enteramente cierto, prueba que esos trabajos fueron anteriores á los de las Juntas de Valladolid. De todas maneras, indican que la idea de la emancipación habia brotado entre los militares y que éstos procuraban hacer prosélitos.

Fray Gregorio siguió su camino á San Luis y con frecuencia se carteaba con Hidalgo, el cual lo tenia al tanto de sus adelantos; cuando estaba para estallar la revolución, envió á Lanzagorta para que propagase la idea en la ciudad; pero el haberse adelantado el día del levantamiento y la actitud que asumió Calleja, frustraron el plan. Lanzagorta y Zapata, otro complicado, fueron encerrados en el convento, al que á poco llegó con el mismo carácter el lego Herrera. Sin embargo de estar presos, siguieron conspirando, de acuerdo con Fray Gregorio, el lego Villerías y el oficial del Regimiento de lanceros de San Carlos, Don Joaquín Sevilla y Olmedo, que se comprometió á facilitar armas de las que tenia en guarda y á seducir á su tropa. Adelantaron bastante en sus trabajos, á pesar de la vigilancia de las autoridades, y sólo esperaron la salida de Calleja para alzarse y para llamar en su auxilio al insurgente Friarte, que ya estaba levantado en armas. En la noche del 10 de Noviembre y la madrugada del 11, se llevó á cabo la revolución, que entregó la ciudad á los insurgentes; Fray Gregorio aprehendió á los religiosos europeos que habia en el convento, y puso en libertad á los presos políticos, que eran unos doscientos cincuenta; de acuerdo con Lanzagorta, Sevilla y Villerías, llamó por correo extraordinario á Friarte, que se negaba á entrar, y que al fin se re-

solvió á hacerlo el día 13, pero una vez que estaba ya dentro de la población, desaprobó todo lo hecho y puso presos á los principales cabecillas, con el único objeto de que debiéndole á él la vida, fuese el único á quien reconocieran como jefe. Villerías y Fray Gregorio consiguieron, no obstante, escaparse, y mientras el primero fué en busca de Allende á Guanajuato, el segundo se refugió en la hacienda del Pozo, perteneciente á la Orden, y allí permaneció hasta que el Mariscal Jiménez le mandó alguna gente y el nombramiento de General.

Con este título exigió el dinero que allí se guardaba y que excedía de \$300,000 y se llevó la caballería, las reses y las armas que encontró. Armó á su gente y procuró aumentarla para incorporarse á Jiménez, como lo hizo, en Charcas; procuró atraerse á la tropa disciplinada de los presidios y consiguió su objeto, logrando con sus dádivas que la gente de Cordero se le uniese en la acción de Agua-nueva, y que aprehendiese á su jefe y al segundo, Taboada, que fueron tratados bien por el mercedario. Este ocupó á Monterrey pacíficamente y sin autorizar saqueos y atrocidades, pero tuvo que retroceder al Saltillo al recibir la orden de Jiménez, el cual le dictó al saber la noticia de la derrota del puente de Calderón. Por más a derrota del puente de Calderón. Por más rápidamente que caminó no llegó á tiempo á la acción del Puerto del Carnero, y se limitó á incorporarse á varias partidas para evitar el ataque de Ochoa.

En Agua-nueva se unió á los caudillos de la insurrección, que no llegaron juntos, sino muy separados, y en el Saltillo asistió á la Junta de Generales donde Hidalgo ratificó la renuncia que habia hecho, del título de Generalísimo, y en donde se dió el mando del ejército á Rayón. Fray Gregorio, que entonces recibió el nombramiento de Vicario General Castrense de los ejércitos insurgentes, nos da razón de los toros y festejos que habia en la ciudad en honor de los Generales á quienes la traición acechaba ya. En vano fué que recibiesen la noticia de la contra-revolución de Béjar y que continuamente tuviesen razón de defecciones y aprehendiesen espías; Allende, que

no conocía á los hombres que habían hecho la revolución por aquel rumbo, confiaba en Jiménez, éste, á su vez, descansaba en la lealtad de Aranda y en las candorosas seguridades que le daba Fray Gregorio; por último, aquél no creía que lo traicionasen, y éste no se imaginaba siquiera que hubiese traidores, ni menos aún que Elizondo fuese uno de ellos. Todavía el día 20 de Marzo se recibió un correo de este militar y cuatro guajes de agua; recomendaba que el ejército fuese dividido en tres trozos y á retaguardia, pues escaseaba tanto la agua en las norias, que si llegaban cincuenta personas juntas, no alcanzaba para todas;" todo lo creí, dice el mercedario, y jamás pensé semejante traición." La fatalidad se encargó de cegar á los hombres que tenían á su cargo velar por la seguridad de los caudillos.

El 21 de Marzo fué hecho prisionero Fray Gregorio por el mismo Elizondo y por el padre Borrego, que lo acompañaba; como se había adelantado, fué el primer aprehendido, á las ocho de la mañana, y aunque trató de seducir á un soldado para que fuese á avisar á los caudillos lo que pasaba, no lo consiguió; presencié todos los sucesos de aquel día memorable, y acudí á auxiliar á Arias, que estaba moribundo, á causa de las heridas que había recibido; presencié en seguida el desfile de los prisioneros, que eran más de quinientos, y que estaban despojados de sus sombreros, casacas y zapatos.

Se le condujo á Monclova con los sacerdotes y allí fué engrillado, como todos; su relación da cuenta exacta del trato indecoroso que les daban sus guardianes, y del temor que tenían, de que Rayón tratara de libertar á los caudillos. Salcedo y Elizondo, que disponían de pocas tropas, procuraron enviar á los prisioneros á diferentes puntos. En Parras fueron separados los sacerdotes, porque se les destinó á Durango, en tanto que Hidalgo y los militares y civiles siguieron para Chihuahua. El Hustrísimo señor Olivares, Obispo de la Diócesis tomó decidido empeño en que ninguno de los sacerdotes fuese fusilado, y aun parece

que procuró hacerles saber que mientras él viviese no serían ejecutados; en vano fué que la autoridad militar tuviese agras contestaciones con la eclesiástica. El Obispo cumplió su palabra y durante más de un año los sacerdotes presos estuvieron en estrecha prisión; pero apenas falleció el Prelado, el Comandante Bonavía se apresuró á ejecutar las siete sentencias de muerte que se habían dictado, y lo hizo con tanta precipitación, que informó á su superior de la ejecución, aun antes de que ésta se verificase: "Como ese día salió el correo temprano, nos pusieron por muertos, dice el mercedario en su relación, á los siete sentenciados, y por eso estoy en la Gaceta entre los muertos."

Fray Gregorio debió su salvación á la oportuna llegada á Durango, de Salcedo, el cual se interesó por él y tanto dijo á Bonavía en abono de la conducta del religioso, que consiguió que lo dejase en absoluta libertad. Esperaba un convoy para regresar á su convento, cuando habiendo averiguado su superior de San Luis Potosí que estaba vivo, á pesar de la noticia de su muerte, publicada en la Gaceta, le instruyó sumaria en la que declaró "hasta el mozo campanero para que dijera que la noche del levantamiento le mandó que quitara los cueros de las campanas," y consiguió que nuevamente fuese encarcelado y que se viese otra vez en inminente riesgo de ser fusilado. El General Don Alejo García Conde, la familia Pescador y toda la sociedad duranguense se interesaron por el preso y consiguieron que de momento no se ejecutase la sentencia; pero pasó cuatro años encerrado en un calabozo y temiendo cada día que lo sacasen para llevarlo al suplicio; contrajo un fuerte reumatismo que le duró todo el resto de su vida, y al cabo hubiera sido pasado por las armas, si no consiguiesen sus protectores que se le enviase á San Luis Potosí.

Aunque en el camino y en esa ciudad sus trabajos fueron mayores, consiguió que el Consejo de Guerra que se le formó y en el cual su Fiscal, el Lic. Bocanegra, que después fué Presidente de la República, lo

trató con bastante benignidad, lo condenase á destierro perpetuo en Ceuta, á donde fué enviado á fines de 1816; en la cárcel de Cádiz encontró á cinco sacerdotes mexicanos desterados, como Fray Gregorio, por insurgentes; consiguió no pasar á Africa y al restablecerse la Constitución de 1812, le alcanzó una amnistía que le permitió regresar á México. Llegó cuando ya estaba casi hecha la Independencia, en 1821, y después de mucho impetrar y probar sus padecimientos, consiguió una pensión de un peso diario y secularizarse. En vano fué que siguiese solicitando: "para mí siempre falta y está la Nación recargada," dice tristemente al final de su relación, escrita el año de 1830.

No obstante esto, se le reconoció el grado de General de división en el ejército, y se le dió el mismo nombramiento que le confirió Allende, el de Vicario General Castrense, aunque sin todos los sueldos anexos á esos empleos. Radicado en Toluca durante los últimos años de su vida, allí falleció en el año de 1843.



D. RAFAEL IRIARTE.

Si fuéramos á exceptuar de este cuadro biográfico á aquellos individuos que por diversas circunstancias entraron en pugna con sus mismos correligionarios y aun se vieron aprisionados y castigados por éstos, tendríamos que omitir á muchos personajes que figuraron de un modo más ó menos notable en los ejércitos insurgentes y que prestaron sus servicios á la causa de México. Esta reflexión nos ha hecho no pasar por alto el nombre de Don Rafael Iriarte, el independiente que después de Hidalgo y de Allende puso en conmoción gran parte del país y propagó la revolución en las dos grandes provincias de Zacatecas y de San Luis Potosí, haciendo que llegase hasta el Norte y hasta las playas del Golfo de México.

Nació Iriarte en San Luis Potosí y su origen fué bastante humilde; dedicado desde temprana edad á trabajar para ganarse la subsistencia, entró de escribiente á la Comandancia Militar de la provincia y estuvo bastante tiempo á las órdenes de Calleja; por razón de su empleo, tuvo un ínfimo grado militar, y entre los subalternos de la oficina se le conocía con el apodo del "Cabo Leiton." Es difícil averiguar hoy si estaba en relaciones con los conspiradores de San Miguel y de Dolores; pero las circunstancias de que fué uno de los primeros que recibió su nombramiento de Coronel, de Hidalgo, y de que inmediatamente después del

grito de Dolores se lanzó á la revolución, hacen creer que algunas relaciones tenía con los primeros caudillos.

En Septiembre de 1810 se pronunció, dirigiéndose al rumbo de León y de Lagos, donde empezó á levantar gente y á comprometer en la revolución á varios hacendados como Don Pedro Aranda, que después fué Gobernador de Coahuila; no atreviéndose á excursionar por la provincia de San Luis, donde Calleja organizaba su ejército, se limitó á inquietar la de Zacatecas, donde los barreteros y la plebe, y aun la clase media, poco necesitaban, como lo demostraron en los días 7 y 8 de Octubre, en que fueron expulsados los europeos, se cambiaron las autoridades y aun se preparó la renovación del Ayuntamiento. Instalado el nuevo algunos días después, nombró Intendente al Conde de Santiago de la Laguna, que no manifestó ideas realistas muy firmes y que al fin decidió entrar en tratos con Iriarte; al efecto, envió al Dr. Don José María Cos, Cura del barrio de San Cosme, para que pasase al campo insurgente y se enterase de las tendencias y objeto de la revolución. La entrevista se verificó en Aguascalientes, y seguramente el ignorante escribiente supo alegar tales razones que dejó convencido al sabio Doctor, el cual desde ese momento se consideró insurgente de corazón, pues no regresó á Zacatecas, sino que fué á San Luis á presentarse á Calleja; éste lo despachó á México, pero en Querétaro cayó preso. En la respectiva biografía tendremos ocasión de seguirnos ocupando de este sacerdote. Este incidente demuestra lo fácil que hubiera sido á la revolución triunfar, si hubiera podido madurar un poco más, pues todas las clases sociales eran afectas á ella.

El Conde de Santiago de la Laguna, de lo único que quedó convencido fué de que no podía sostenerse en Zacatecas, y en consecuencia, abandonó la ciudad á Iriarte, que la ocupó casi inmediatamente; en seguida se dirigió á San Luis, á donde lo llamaban los revolucionarios, que se habían apoderado de la ciudad. Como no aguantaba superior alguno, puso presos á los cabecillas de San Luis, entregó la ciudad al saqueo y

se apoderó de la persona de la esposa de Calleja, á la que guardó muchos miramientos; llamado con insistencia por Allende, que estaba en Guanajuato, no acudió, á pesar de haber salido para el rumbo de Zacatecas. Después de la ocupación de aquel mineral por el General español, Allende se dirigió en busca de Iriarte, creyendo encontrar en él un subalterno leal que le ayudaría á levantar un nuevo ejército, pero palpando el doblez de aquél, temió por su seguridad personal y prefirió ir á Guadalajara, donde estaban Hidalgo y Torres, y enviar á Jiménez para que asegurase la revolución en las provincias internas.

Iriarte quedó en Zacatecas sin hacer nada, y por más que fué llamado, no acudió á la batalla de Calderón, pues el tiempo se le iba en concurrir á bailes y á francachelas. Parece que después de esa batalla tuvo la idea de traicionar, pero la presencia de todos los Generales y de los dispersos que llegaban y que eran en mayor número que el ejército de aquél, le hizo prescindir de sus proyectos; cuando Hidalgo fué desposeído del mando y quedó como particular, Iriarte también quedó en posición desairada y sujeto á constante vigilancia, así como Abasolo. Contribuyó á esto la circunstancia de que poco antes de la acción de Calderón, Iriarte, aprovechando la coyuntura de que Calleja estaba cercano á Aguascalientes, le envió á su esposa, que no tenía queja alguna de él, con una buena escolta y con todas sus alhajas; en cambio recibió del mismo modo á la suya, que estaba en poder de Calleja.

Siguió Iriarte á los Generales, pero sin tener mando alguno, y no se vuelve á encontrar su nombre citado en ninguna parte; parece, no obstante, que en el Saltillo logró evadirse de la vigilancia de que era objeto, pues según Bustamante, Allende, al entregar el ejército á Rayón, le dió orden de que si aquél se presentaba, lo fusilase inmediatamente, pues su presencia era señal de que estaba tramando alguna nueva perfidia. Probablemente Iriarte estaba en inteligencia con Cordero y Ochoa y supo á tiempo que se tramaba algo contra los caudi-

nos, pues fué el único que se escapó de la sorpresa de Baján. Pocos días después, y cuando ya Rayón iba de retirada, se presentó en su campamento Iriarte; aquél no perdió mucho tiempo en oír sus disculpas, y para dar un saludable ejemplo á sus tropas, lo hizo fusilar; parece que también influyó la circunstancia de que Iriarte estaba de acuerdo con Ellzondo para apoderarse del ejército de Rayón.

De tan trágica manera pereció en los últimos días de Marzo de 1811 el insurgente que acaso hubiera podido ayudar á que en Calderón fuese derrotado Calleja y á que con esa derrota hubiese cambiado en pocos meses la faz de la revolución y los primeros caudillos hubiesen podido entrar triunfalmente en México.



FRAY LUIS HERRERA.

Pocas son las noticias que se tienen de este insurgente, que fué de los primeros en tomar el partido de la revolución y que expedicionó por San Luis Potosí y Tamaulipas.

Era lego de la religión de San Juan de Dios, y á título de cirujano se incorporó en Celaya cuando Hidalgo llegó á aquella población el 19 de Septiembre de 1810. Ya fuese porque conociese los planes de éste ó porque al saber el levantamiento se adhirió á él, es lo cierto que recibió del Generalísimo la comisión de insurreccionar la provincia de San Luis, y que en cumplimiento de su encargo se dirigió á ella, sin más acompañamiento que un criado. Pero Calleja, que ya estaba prevenido, había dado orden de aprehender á todos los sospechosos; en consecuencia de esto, fué detenido en el camino el lego, el cual apenas tuvo tiempo de deshacerse de sus papeles, consistentes en su nombramiento y en unas cartas que llevaba para Fray Gregorio de la Concepción, Lanzagorta, Sevilla y otros comprometidos de la ciudad. Fué encerrado en el convento del Carmen, donde se puso de acuerdo con Fray Gregorio, y en seguida hizo que lo pasaran al de San Juan de Dios, que era el de su orden, donde había más comprometidos.

En la noche del 10 de Noviembre, que se verificó la revolución, quedó libre y al frente de una partida de 80 hombres, con los

que se dirigió á la provencion para abrir la cárcel á los presos del orden común. Una vez que Iriarte (véase) hubo entrado en auxilio de los sublevados, Herrera, temeroso de sufrir nuevos insultos salló de la ciudad y se dirigió á Guanajuato á quejarse á Allende, que hizo llamar á Iriarte, y que si no consiguió que se le incorporara, consiguió al menos que permaneciese entre Zacatecas y Aguascalientes; en seguida despachó á Herrera á que propagase la revolucion en el Nuevo Santander, (hoy Tamaulipas), á las órdenes de Jiménez, lo que verificó sin necesidad de dar batallas, pues la opinión era favorable á la Independencia, y dejando reducido á la impotencia al Gobernador Don Manuel Iturbe, en Altamira, regresó á San Luis.

Ya con el grado de Mariscal y teniendo por segundo al Brigadier Blancas, imperó en la ciudad; derrotó el 11 de Febrero de 1811 en San Francisco, á una partida realista que iba á incorporarse al ejército del centro, fusiló á los españoles que iban en ella, y habiendo perdido todo freno y todo respeto á sus jefes derrotados en Calderón, se entregó á toda clase de excesos; saqueó á San Luis, obligó á huir, para librarse de la muerte, al Intendente Flores, puesto por los insurgentes, y sólo descansó cuando supo que Calleja se aproximaba; salló de San Luis rumbo á Rioverde el 25 de Febrero, y como aquel General destacase una partida que persiguiese al lego, se retiró violentamente al Valle del Maíz, donde se creyó seguro. García Conde (Don Diego), que lo perseguía, no pudo sorprenderlo y tuvo que aceptar la batalla que le presentó el lego el 22 de Marzo en las inmediaciones de la población; derrotados los insurgentes, Herrera y Blancas salieron de la provincia y se refugiaron en la villa de Aguayo (hoy Ciudad Victoria), donde creyeron que podrían estar tranquilos mientras formaban un nuevo ejército; pero los pocos soldados que allí había y que se habian pronunciado, al saber la aproximación del realista Arredondo, que iba precedido de una fama terrible, se despronunciaron y para congraciarse con el jefe español se apo-

deraron de Herrera, de Blancas y de cuarenta y ocho oficiales y soldados que los seguían. Arredondo fusiló el 6 de Abril á los dos nombrados y á otros dos jefes y á los demás los envió para Veracruz á trabajar en Uña.

El lego Fray Luis Herrera, que tuvo tan corta carrera, ha sido juzgado de muy distinta manera por los dos historiadores de la revolucion: Alamán y Bustamante. Nueva opinión es que, aunque por naturaleza no era inclinado al mal y á la crueldad, era de carácter débil y dejaba á sus Tenientes que hiciesen todos los actos de que á él es ha hecho responsable.